

tambien facilitando; temen apresurarse demasiado, y bautizan su flaqueza con el nombre de prudencia; pero unos principios gobernados de este modo nunca son felices ni hacen grandes progresos. No sucede en la conversion lo que en las demás obras de los hombres; cuando no es entera, no es conversion; y en faltando un solo punto, falta todo: en el alma todas las pasiones se reducen á una, y es supérfluo el acometerlas separadamente, porque esto no es mas que cortar las cabezas de la hidra, que vuelven á renacer, y la gracia con nadie divide la victoria.

Es verdad que la piedad tiene sus grados, que cada dia se va perfeccionando, y que necesita el trabajo de cuarenta años para levantar y perfeccionar los muros y el templo de la Jerusalem santa, figura del alma fiel. Pero el mundo, y cuanto mal en él se encierra, debe desde el principio ser destruido en nuestro corazon; todo lo que es incompatible con la vida cristiana debe cesar de repente, y luego que el Señor hace resonar su voz en el corazon, debe caer toda entera á sus piés la pecadora Jericó, y no conservar de lo que antes era mas que sus ruinas y reliquias.

Y á la verdad, católicos, que viniendo hoy Jesucristo para ofrecerse á su Padre á los piés del altar, podia sin duda, como dueño que era del templo, manifestar en él algun rayo de su gloria y de su poder, como cuando arrojó á los que le profanaban; pero su amor se ofende con cualquiera division. Es el eterno Pontífice de una nueva alianza; él solo tiene derecho para entrar en el verdadero santuario, y sacrifica esta augusta cualidad viniendo á comprar el derecho de entrar en este templo figurativo; es el Redentor de Sion, y es rescatado como una víctima comun; es el legislador de los pueblos, y viene á sujetarse á una ley cuyo cumplimiento es él mismo. Finalmente, es el libertador

tantas veces prometido y no rehusa el ser rescatado de la comun servidumbre con la ofrenda de un vil animal; hace á su Padre un universal sacrificio de todos los títulos con que su mismo Padre le adornó.

Pero esto es particularmente en lo que rara vez dejamos de reservar alguna cosa, no haciendo al Señor un sacrificio sincero de todas las vanas distinciones que nos ensalzan á la vista de los hombres. Aun cuando desengañados del mundo nos apartamos de los excesos de las pasiones, no nos apartamos de la vanidad ni de la ostentacion de nuestra clase y nacimiento, y queremos, si es lícito decirlo así, que nuestros títulos tengan tambien parte en lo que hacemos por el Señor; si se consagran algunos dones á los templos, se ha de immortalizar la memoria con las soberbias señales del nombre y de las dignidades; si se fabrican asilos de misericordia, vienen á ser estas casas monumentos públicos de la grandeza de sus bienhechores, y casi siempre lo primero que se ve en estas obras santas son las señales de la vanidad. Esta es la flaqueza, particularmente de los grandes; los sacrificios ocultos no agradan, las obras de religion que nos confunden con el pueblo nunca nos gustan, es necesario que cuanto hacemos para el cielo lleve el carácter de lo que somos en la tierra: nos ejercitamos en obras de misericordia, pero queremos en ellas los primeros honores; nos humillamos hasta ejercitar los ministerios mas viles de la caridad, pero nos humillamos con fausto, y aun en este mismo abatimiento damos á conocer que somos grandes; concurrimos á los lugares ocultos consagrados á los humildes ejercicios de la misericordia, pero en ellos nos damos á conocer con distinciones de vanidad, y parece que no queremos arriesgar el humillarnos sin que esté ya preparada la recompensa en los elogios.

Ya no se conoce aquella ingeniosa humildad de que nos han dejado tantos ejemplos los santos distinguidos en el mundo. ¡Qué gozo experimentaban cuando pudiendo ocultarse á la vista del público y despojarse por algun tiempo del peso de su grandeza, iban incógnitos, ó á aliviar á sus prójimos, ó á exponerse á los oprobios, ó á honrar al Señor en alguna secreta obra de religion! ¡De qué santas industrias se valian para hallar estos felices momentos! Entonces era cuando se tenian por verdaderamente grandes. En estos instantes de humillacion se miraban á sí mismos con una santa complacencia, porque hallaban en sí las señales mas parecidas á su divino Maestro, despojado hoy de todos sus títulos en presencia de la grandeza de su Padre, y confundido con una vergonzosa ceremonia con los demás hijos de Israel. Entonces era cuando hallándose como aliviados del peso de su elevacion, caminaban con mas fervor y ligereza por los caminos de la justicia, y entonces, finalmente, era cuando el Señor se les comunicaba con mayor abundancia, y gustaban unas dulzuras que no puede comprender el corazon humano. Por eso luego que Moisés se despojó del pomposo título de hijo de la hija de Faraon, y fué al desierto como un hombre oscuro y desconocido á guardar los ganados de Jethro; se le manifiesta el Señor en la zarza, y derrama en su alma unos consuelos inefables que le recompensan excesivamente de toda la pompa de Egipto que acababa de sacrificar al oprobio en que habia de verse Jesucristo.

Pero no solamente sacrifica hoy Jesucristo á su Padre toda la gloria de sus títulos, sino que, para que nada falte á la integridad del sacrificio, le hace hasta de su misma inocencia. Se presenta en el templo como un pecador, es rescatado en él como un esclavo é hijo de ira; lleva sobre sí to-

da la vergüenza del pecado de que está exento; y nosotros en los sacrificios que Dios nos pide siempre queremos salvar una vana reputacion de la inocencia y rectitud que hemos perdido.

Temeis el que si restituís los bienes mal adquiridos hareis públicas vuestras ocultas injusticias; pero os engañais si estais persuadidos á que hasta ahora ha estado intacta vuestra reputacion en este punto; ya ha mucho tiempo que se dice públicamente en el mundo que esos ricos equipajes, esos soberbios edificios, esa opulencia doméstica son los bienes de la viuda y del huérfano; que habeis levantado vuestra fortuna sobre la miseria pública, y que no puede ser inocente una prosperidad tan pronta. El mismo mundo se ofende de vuestras profusiones y os mira con un género de indignacion y desprecio; y así, lejos de peligrar vuestra reputacion con los procedimientos públicos de arrepentimiento, no os queda mas que este solo camino para recobrar la que habeis perdido. Decís que si rompeis de una vez tal comunicacion, el ruido hará pensar que no era inocente; pero ya ha mucho tiempo que murmura el público de esa continuacion, que creéis se ignora; estais persuadidos á que es secreta, y es un escándalo; los justos gimen, el mundo en vez de interpretarla favorablemente, pasa acaso aun mas allá de la verdad, porque sus engaños en esta materia mas son porque presume malicia que bondad; y el rompimiento repentino no es para vosotros un ruido que debéis temer, sino un paso tan necesario para vuestro honor como para vuestra salvacion. Os pareceis á Saúl que pedía á Samuel respetos y honores públicos que conservasen su gloria y su reputacion en el espíritu del pueblo, cuando sus infidelidades eran ya tan conocidas en todo Israel. Además de que cuando se trata de obedecer á la ley de Dios,

no se deben temer las acciones humildes, siendo éstas indispensables para nuestra salvacion.

Finalmente, católicos, la ofrenda de Jesucristo es una ofrenda enteramente voluntaria, que es la última condicion. Es una obra de supererogacion, digámoslo así, que no halla sus motivos en la obligacion de la ley, sino solo en el amor del que la ofrece, y la obra de la salvacion de los hombres, de que le habia encargado su Padre, podia consumarse sin que añadiese á los oprobios y trabajos futuros de su ministerio la vergüenza de este primer paso.

Pero queria cumplir toda la justicia y enseñarnos que una alma que separándose de los desórdenes del mundo se consagra á Dios, no puede al principio negarse á sí misma los santos excesos; no cuida de entrar en cuentas con su Señor para saber justamente lo que le debe; nada le parece excesivo en su dolor y en la viveza de su arrepentimiento, y en vez de que la tibieza de su celo espere la inevitable obligacion del precepto para obrar, ella misma se forma una ley de cuanto la inspira un celo santo.

¿Pero dónde está, católicos, esta especie de almas? Cuando movidos de la gracia queremos volvernos á Dios, el primer cuidado es buscar entre todas las máximas para servirle la mas suave y la menos molesta al amor propio; lejos de abrazar rigores superabundantes, lo primero que se examina es hasta dónde puede llegar la condescendencia, para contenerse dentro de estos peligrosos límites. Desde el principio se forman un plan de virtudes, en que tiene casi tanta parte el mundo como el Evangelio: lejos de proponerse por modelos á los mas justos, se declara desde luego no querer llevar las cosas al extremo como ellos; no queremos hacernos ridículos por la singularidad ni dar en el extremo de una piedad excesiva; en vez de buscar en sus ejemplos lo

que se debe imitar, solo se busca en ellos lo que se debe huir, y queremos ser de Dios empezando por condenar á los que le sirven. De este modo solo se da á Dios lo que no se le puede negar y se trata con Su Majestad, no como un Padre irritado á quien se intenta aplacar, sino como un enemigo á quien se cede con pesar lo que es preciso concederle.

Sí, católicos, muy poco amamos á Dios cuando podemos señalarnos á nosotros mismos la medida con que le hemos de amar; muy poco nos mueven nuestros delitos cuando podemos buscar al principio mitigaciones á nuestra penitencia. ¡Qué sospechosa es la conversion cuando se empieza poniéndola límites! ¡qué poco mudado está el corazon cuando aun hay tiempo para contar los primeros pasos de su mudanza! Los principios de la penitencia no pueden ser tan tibios y mesurados; no pudiendo entonces el corazon casi sufrir las primeras impresiones del Dios que le llena, solo busca modo de aliviar su dolor; nunca le parece que las lágrimas corren con bastante abundancia, y la compuncion mas viva no le parece suficiente. ¡Qué inquietudes no ocasiona la gracia en el alma de un verdadero penitente acerca del deplorable esta lo en que ha vivido! ¡En qué santa indignacion no le hace prorumpir contra las disoluciones de sus primeras costumbres y el escándalo de su vida pasada! ¡Qué razones no se le ofrecen para respondernos cuando queremos moderar los excesos de su celo y consolar la amargura de su dolor! ¡Qué temor de no hallar en Dios todo aquel perdon que nos prometemos! ¡qué deseo de reparar el tiempo perdido en los errores del siglo, de aprovecharse de la vida que le resta, y de no perder de vista el inestimable beneficio con que acaba de ser llamado al conocimiento y al amor de la verdad! ¡Qué santa envidia á los que tuvieron

la felicidad de darse á Dios antes que él! ¡y qué triste cosa le parece el haber amado tan tarde al que solo es digno de nuestro amor! ¡Qué celo de vengar en su carne las iniquidades con que se habia manchado, y de hacer servir á la justificacion los miembros que habian servido al pecado!

Estas, católicos, son las conversiones que en lo sucesivo no se ven aflojar ni retroceder. Pero aquel jóven del Evangelio que llamado por Jesucristo empieza á disputar si está obligado á renunciarlo todo por seguirle; aquel otro que entregándose al Señor quiere aún reservarse el derecho de ir á despedirse de su padre; todas estas conversiones mitigadas é imperfectas, todos estos sacrificios en que se empieza mezclando la miel contra el precepto de la ley, son despreciados del Señor, y para que sean dignos de su vista es necesario que la realidad del sacrificio santifique la ofrenda, que la integridad la perfeccione, y finalmente, el fervor y superabundancia del celo la consume, y haga que suba en olor de suavidad hasta el trono de la Majestad Santa. Esta es la ley del sacrificio. *Hæc est lex sacrificii.*¹ Pero si las conversiones son poco sinceras por defecto de estas condiciones, tambien son poco durables por falta de fidelidad; y en esto vamos á ser instruidos con el ejemplo de María.

SEGUNDA PARTE.

Las mas frecuentes infidelidades en que incurrimos en la práctica de los medios para la salvacion que Dios nos ordena, nacen de una prudencia de la carne, siempre ingeniosa para hallar inconvenientes en los fines que tiene la gracia para con nuestra alma; ó de una soberbia y secreta

¹ Levit. 6, v. 14.

complacencia que aun en los mismos dones del Espíritu Santo halla el escollo de la virtud; ó finalmente, de una peligrosa cobardía, que viendo los males de que está amenazada, consulta demasiado al amor propio y mide sus obligaciones por su flaqueza.

La fidelidad de María en este misterio nos da admirables reglas para evitar estos tres escollos. Es dócil, y así no discurre; es humilde, y así no se ensalza; es generosa, y así no se desanima. Estadme atentos.

Es dócil, y así no discurre. Porque ¿qué cosas no podria decirse á sí misma para dispensarse de la ley comun de la purificacion? Aun cuando no hubieran sido capaces de moverla las razones de su propia gloria, ¿podia acaso mostrarse indiferente á la gloria de su Hijo? Confundiéndose con las demás madres por su sumision á una ceremonia vergonzosa, ¿no parecia que le confundia tambien con los demás hijos de Israel? ¿Podia degradarse públicamente del honor de su divina maternidad, sin usurpar á su Hijo la gloria de su eterno origen, y disponer desde lejos las pruebas á la incredulidad y á las blasfemias de sus enemigos?

Pero en su retiro de Nazareth habia aprendido que la vista de la gracia es sencilla, que el discurrir demasiado cuando se trata de los fines de Dios, es un exceso de luz que deslumbra y descamina; que la vida de la fe deja siempre tinieblas y dificultades, por no quitar al alma justa el mérito de su docilidad; y que hay en el entendimiento un ojo de escándalo, que es necesario arrancar y echarle lejos de sí, para no mirar demasiado adelante en los caminos adonde nos llama la gracia. Se sujeta con sencillez y adora en el secreto de Dios los eternos designios de su providencia, que parece no ofrece á la razon mas que inevitables inconvenientes.

¡Pero qué pocos imitadores tiene el ejemplo de María, aun entre aquellos que tenemos por justos y que viven en práctica de la virtud! Sí, católicos, en las cosas que interesan la gloria de Dios nos valemos casi siempre de pretextos para eximirnos de su ley santa, y hallamos el secreto de disfrazarnos á nosotros mismos nuestras pasiones con el nombre de piedad; y así decimos que nos privamos de muchas cosas que la ley de Dios prohíbe, pero que no queremos hacer odiosa la piedad con unas singularidades que no dejaria de satirizar el mundo; que daríamos ciertos pasos que aun nos faltan para no tener nada que reprehendernos; pero que los inconvenientes que se temen parecen mas peligrosos que el mismo mal en que nos vemos obligados á permitirnos; que sabríamos disimular mejor una injuria, pero que nos hallamos revestidos de un carácter sagrado, cuyo honor estamos precisados á vengar; que sufriríamos una calumnia sin quejarnos, pero que se halla interesada en ella la obra de Dios, y si no se manifiesta el impostor, quedará engañada la credulidad pública y frustrada una obra de virtud; que guardariamos con aquel escritor las reglas de la caridad y aun de la cristiana cortesía, pero que el celo de la verdad que se defiende no permite esta justa moderacion, y contra el error no se debe suavizar y mudar simplemente la voz, como en otro tiempo el apóstol escribiendo contra los abusos de una Iglesia fiel, sin tocar la trompeta, como los sacerdotes de la ley contra Jericó. De este modo la misma religion sirve muchas veces de asilo y apoyo á las pasiones injustas.

Pero, católicos, dejemos á Dios el cuidado de vengar su gloria. Defendamos la verdad con las armas de la caridad; impugnemos el error con aquel espíritu de suavidad y modestia, capaz solo de atraer á los que yerran; descubramos

el mal sin irritar al enfermo, y no añadamos al escándalo de las perversas doctrinas el de los excesos con que las impugnamos. No nos valgamos de la gloria de Dios para nuestras transgresiones; cumplamos la ley que es clara; no nos detengan los dudosos inconvenientes que nos parece ver desde lejos; esto pertenece al que nos manda obedecer, y pues estas razones no le han obligado aún á mudar su ley, tampoco deben mudar nada en la fidelidad de nuestra obediencia.

Por otra parte, vosotros los que os manifestais tan celosos de los intereses de la gloria de Dios, y que acaso confundís este dictámen de la fe con un deseo absolutamente humano de vuestra propia gloria, ¿sabeis en dónde halla su gloria el Señor? ¿creeis que la halla en el feliz suceso de una obra ruidosa, útil á la piedad? ¿en la confusion y descrédito de un enemigo de la virtud? Os engañais; muchas veces suele hallarla en la paciencia de un justo perseguido y en el silencio de una alma fiel que se halla calumniada. Estos actos penosos y secretos de la fe son en algun modo mayores á su vista y mas dignos de su gloria, que los mas públicos honores que se dan á la virtud, y acaso aquellos israelitas que se hicieron fieles y fervorosos en el cautiverio, le honraban mas en las riberas de los rios de Babilonia con sus ocultos gemidos, con sus santos y ardientes deseos, con los tristes cánticos que continuamente dirigian hácia el trono del Dios de sus padres, con la paciencia con que sufrían los rigores de su cautiverio y el yugo de los incircuncisos, que le pudiera haber honrado la entera ruina de los enemigos de Israel, la gloria de Jerusalem reedificada y la magnificencia de su templo y de sus sacrificios. No siempre hace el Señor que se le glorifique proporcionando honores á la virtud, sino que las mas veces lo hace ejercitando á los justos con oprobios.